





EL LEGADO DE GONZALO
CAPRICHOS Y ENREDOS DE LA MEMORIA



Ricardo Echanove Tuero

EL LEGADO DE GONZALO
CAPRICHOS Y ENREDOS DE LA MEMORIA



Primera edición: noviembre 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ricardo Echanove Tuero

ISBN: 978-84-18544-46-0

ISBN digital: 978-84-18544-47-7

Depósito legal: M-28376-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España





ÍNDICE

TIEMPO PRIMERO	13
TIEMPO SEGUNDO	39
TIEMPO TERCERO	63
TIEMPO CUARTO	83
TIEMPO QUINTO	113
TIEMPO SEXTO	131
TIEMPO SÉPTIMO	167
TIEMPO OCTAVO	193
ÚLTIMO TIEMPO	231



PRIMERA PARTE



TIEMPO PRIMERO

1. EL LEGADO DE GONZALO. 2. ORIGEN DE NUESTRA SINGULAR AMISTAD. 3. POR QUÉ OPTÓ GONZALO POR IRSE A UNA RESIDENCIA A VIVIR LOS ÚLTIMOS AÑOS DE SU VIDA



1.

Unos días después de la muerte de Gonzalo, recibí un mensaje de Isabel, la directora de la residencia en la que mi entrañable amigo había vivido los últimos años de su vida, invitándome a pasar por su despacho para hacerme cargo de algunos recuerdos personales que aquel había dispuesto me fueran entregados: catorce bonitos grabados de Doré que ilustraron en su día una lujosa edición de *La Divina Comedia* y que yo siempre le elogiaba; unos libros —algunos llevados por mí en las visitas que le hacía— y, sobre todo, unas carpetas repletas de notas y escritos, digitalizados y manuscritos, en los que hacía recapitulación de ideas y experiencias vividas y compartidas casi todas a lo largo de nuestras ajetreadas vidas. Se completaba el lote con cinco gruesos álbumes de fotos de todos los amigos y amigas que fuimos conociendo, captados en las más diversas situaciones y acontecimientos.

—Pues se lo agradezco mucho, Isabel, ya sabe que a Gonzalo y a mí nos unía una estrechísima relación de afecto. Por eso le visitaba todos los meses en la residencia y lo hubiera hecho prácticamente a diario de no haberse ido a vivir tan a desmano de donde yo actualmente resido.

—Ya lo creo que lo sé, don Luis —me contestó amable—, no puede usted ni imaginarse lo importante que eran para él las visitas que usted le hacía, la ansiedad con que las esperaba. Y después del tiempo que pasaban juntos, volvía siempre eufórico y comunicativo, y se metía feliz en su habitación a disfrutar de su ordenador hasta la hora de la cena; y siempre llamaba para confirmar que no

bajaría a cenar y que, si no fuera mucha molestia, se le subiera algo de fruta.

—Es que siempre me llevaba a comer en alguno de los mejores restaurantes de la ciudad. Gonzalo era extraordinariamente generoso y jamás consintió en que yo compartiese la factura con él, como es lo habitual: «Ya te gastas demasiado en el viaje», justificaba sensible y elegante. Si mal no recuerdo, la última comida que hicimos había sido: langostinos del Puerto, lenguado a la parrilla y él, además, su irrenunciable solomillo, y de postre, leche frita. Como yo no puedo beber, desde la pancreatitis que tuve por entonces, solo me permití disfrutar de un delicioso trago de una botella de Riscal que nos abrieron; el resto, que se trasegó él solito, debió parecerle igualmente delicioso.

Al regresar a casa después de mi visita a la directora de la residencia, empecé a hojear sin dilación los escritos de sus carpetas y tuve la rara sensación de haberlos escrito *a cuatro manos* con él, pues en gran parte no hacían sino reproducir enfoques, opiniones y recuerdos de todo tipo traídos de innumerables conversaciones entre nosotros a lo largo de la vida.

De hecho, él ya me había contado que lo estaba haciendo desde que entró en la residencia e incluso me consultó sobre si me parecía apropiado el estilo memorístico por el que en principio había optado, o si no sería mejor cualquier otro que a mí se me ocurriese. Respetaba mucho mi opinión de profesional como profesor de literatura que había sido en una época de mi vida. Llegó a insinuar-me que después de una vida tan estrechamente unidos lo ideal sería que hubiésemos decidido entre los dos los contenidos de nuestros recuerdos compartidos y que yo luego les diera la forma literaria que mejor me pareciese. Y aunque tal tipo de propuestas no suele funcionar, en este caso particular de los *papeles* de Gonzalo la realidad es que así ha acabado sucediendo: verter sus ideas y ex-

perencias, que en gran parte —insisto— son las mías, y fundirlas con mi visión personal de todas ellas, una visión, eso sí, muy libre y literaria en la que acaban confundándose la realidad y la ficción.

Sobre la tapa de la caja de cartón donde guardaba sus escritos y apuntes sobresalía un sobre, pegado con tiras de celo, con mis señas en lápiz rojo. Saqué del sobre la nota que contenía y que decía literalmente así:

«Mi queridísimo *hermano* Luis. Como nunca sabe uno cuándo nos va a llegar la hora, quiero, por si acaso, dejar dispuesto que los escritos, apuntes y borradores guardados en esta caja, así como mi apreciada colección de álbumes de fotos, con alguna otra cosilla, te sean entregados a ti en caso de que yo te premuera. De suceder al revés, ya pensaré yo qué hacer con tanto papel y cartón, sin excluir echarlo todo al contenedor correspondiente, que por lo menos —según me han dicho— los conservan bastante tiempo hacinados en una nave hasta que les llegue el turno de ser totalmente eliminados.

»Comprendo que lo que te encomiendo, más bien que legado para tu disfrute, ha de parecerse un embolado de padre y señor mío. Pero también sé que solo tú en el mundo eres capaz de dar cumplimiento a mi deseo: dejar una estela al menos de lo que han sido nuestras vidas tan estrechamente compartidas. Dale al relato la estructura y la forma que a ti te parezca más apropiada, no tengo el menor interés en adoptar papel alguno de protagonista y mucho menos aún de autor del escrito. Sé que tú, y solo tú, encontrarás el modo de hacerlo y lo que no tengo duda es que yo soy incapaz para tal empeño. Mi afición a escribir no me da para tanto —y bien que lo siento—, pero tendré que consolarme recordando aquellos versos del mismísimo Cervantes en los que lamenta sus limitaciones para la expresión poética: “Yo que siempre trabajo y me desvelo/ por parecer que tengo de poeta/ la gracia que no quiso darme el cielo”.

»Adiós Luisito, déjame decirte algo que nunca te he dicho: el habernos querido tanto tú y yo es sin duda el suceso más importante y afortunado que me ha dado la vida.

»¡Venga!, a currar.

»TUYO, GONZALO».

Así que ya lo sabe el posible lector de este libro. Procuraré fundir en un único texto sus apuntes y mis aportaciones sin especificar, salvo excepciones, lo que procediera de uno o de otro, convencido de que, además de resultar más cómodo para el lector, a él le hubiera encantado que el texto final apareciese como una memoria pulida y modelada por la ficción y por el poder transformador de la imaginación y el inmisericorde paso del tiempo.

2.

Ahora voy a explicar el origen de nuestra singular amistad. En pocas palabras, estas sí, escritas en primera persona: me llamo Luis, soy hijo de soltera, lo que en aquellos tiempos podía marcar a las personas para toda la vida. Decir hijo *natural* era como reconocer que habías llegado al mundo con un vicio de origen, cosa que nunca entendí muy bien, porque a la inversa es como pensar que los llamados hijos *legítimos* no fueran naturales. En definitiva, yo nací con dos pecados originales, el que traemos todos al nacer que se lava con el bautismo y el de haber nacido de padre desconocido, del que solo se libera uno con mucha suerte como la que yo he tenido a lo largo de toda mi vida.

Mi madre, después de tenerme, escapó a la ciudad en cuanto pudo, buscando una salida a su vida, fuera del ambiente opresivo del pueblo, pero yo me quedé en él al cuidado de una hermana de ella que se llamaba Ludivina hasta que me internaron en el Hospicio Provincial. A las dos, a mi madre y a ella, las quise como a nadie en el mundo porque tenían un gran corazón y me quisieron y mimaron hasta donde les fue posible y mucho más allá todavía. Parfraseando aquel dicho popular de que «somos como Dios nos hizo, y aún peores», las dos mujeres primordiales de mi vida fueron la excepción, pues resultaron ser *aún mejores*.

Y no acabó ahí mi suerte, porque desde la niñez conocí a otras gentes, muy buenas también, y a casi nadie de mal corazón.

Mi madre, por puro capricho del destino, entró de sirvienta en una familia a la que debo un cariño y un reconocimiento eternos

porque siempre estuvieron junto a mí ejerciendo una singular tutela, regalándome la confortable sensación de haberme sentido permanentemente acompañado y en familia, y sobre todo sin miedo alguno a la vida.

Pues bien, Gonzalo, mi entrañable amigo cuyo legado es el fundamento de este escrito, era el hijo menor de aquella familia, el hijo al que mi buena madre le tocó cuidar como niñera. Gonzalo, de pareja edad a la mía, fue y ha seguido siendo mi mejor amigo desde que nos conocimos en la infancia hasta que se ha ido para siempre, dejándome como regalo los inspiradores papeles de este relato y sobre todo su imperecedero recuerdo. Mi profunda amistad con él, a pesar de nuestros distintos orígenes familiares y sociales, no solo superó nuestra niñez, sino que fue creciendo y consolidándose como por milagro a lo largo de las distintas etapas de nuestras vidas. Y es que como a él oí comentar más de una vez, casi nunca los hermanos de sangre llegan a ejercer, además, de amigos; pero cuando surge el milagro de ser amigos además de hermanos, el afecto cobra una dimensión casi sobrehumana. Es cierto que sin la generosidad de toda aquella familia y la del propio Gonzalo, tantas veces manifestada, jamás me hubiera atrevido yo a imaginarme como un miembro más entre ellos. Y ello a pesar de que tampoco faltara en aquel tiempo el pequeño maligno, cotilla y envidiosillo, que sucumbiera a la tentación de contar *en secreto* a otros amigos que no éramos hermanos de verdad, que en realidad yo era hijo de una madre soltera que entró a servir en la casa de sus padres, cuando me tuvo.

Un inciso: el cotilla, ¿nace o se hace? A lo largo de mi vida me he encontrado con multitud de cotillas de todos los colores y también con el desagradable hallazgo de que, en alguna medida, todos lo somos, aunque a nadie he oído reconocerse como tal. Solo las personas muy inteligentes y sencillas se libran de esta lacra, en no pocos casos, devastadora.

Yo creo que Gonzalo quiso tanto a mi madre, su niñera —y ella a él—, que desde el principio fue manteniendo como algo natural

e incuestionable su rol de amigo y protector mío, bien a sabiendas de que eso es lo que a ella le hacía del todo feliz.

—¡Que sí, Luis!, que sí, que tú eres para mí más que un hermano —lo dijo Gonzalo en distintas situaciones y ante cualquier clase de amigos, de mayor o menor posición social.

—Pues a mí me pasa exactamente igual contigo, Gonzalo, no soy capaz de imaginar mi vida sin la tuya —le contestaba yo siempre con gran orgullo y totalmente indiferente a que los demás pudiesen especular con mi verdadero origen.

La primera vez que nos vimos Luisito y yo —esta vez transcribo una nota de Gonzalo— fue en el Hospicio Provincial donde él pasó aproximadamente entre los seis y los diez años. Su madre —para mí y para mi familia, *Cele*, apócope de Celerina— visitaba a su hijo todos los jueves por la tarde llevándole un paquete de cosas de comer, algo de chorizo y queso, algún bote de leche condensada cocida, algunas pastas y aceitadas. Y en una de aquellas visitas, que coincidía con su tarde libre, me llevó con ella a visitar a su hijo, después de comentárselo a mi madre. Lo recuerdo todo como si hubiera sido ayer: al principio, Luisito y yo, pegados ambos a las faldas de Cele, nos miramos con cierto recelo infantil y perruno, luego nos pusimos a correr por el patio con algunos otros chicos del centro mientras Cele hablaba con una monja. Me quedaron dos cosas grabadas de aquella visita: una, el fuerte olor a zotal que salía al patio desde los húmedos corredores de aquel viejo caserón, y otra, los oscuros y tristes ojos de un niño que nos miraba medio abrazado y balanceándose a una columna del patio pero sin atreverse a participar en nuestro juego. Volvió Cele a buscarnos, cogió la cara de su hijo entre sus manos y después de darle un montón de sonoros besos, nos dijo mirándonos a uno y a otro: «Anda Gonzalo, dale *tú* también un beso a Luisito, como si fuerais hermanos, que nos vamos ya». Y en el camino de vuelta a casa empecé a darle la tabarra a Cele preguntándole por qué Luisito no venía a nuestra casa a pasar los domingos y días de fiesta con nosotros, mientras ella desviaba la conversación con la clara intención de eludir una

respuesta. Pero acabé saliéndome con la mía, no sin antes haberse-lo planteado a mis padres un domingo que les sorprendí solos, en el *gabinete*, él haciendo solitarios con la baraja francesa y ella en su butaca aquellas increíbles labores de punto que luego regalaba a las jóvenes madres amigas y de la familia.

Seguramente su madre —tengo hoy esa sensación— podría haber llegado a tener entonces esa sutil incomodidad que cualquier madre —imagino— puede llegar a sentir cuando la niñera de su hijo, con sus expresivos besos y carantoñas, aparenta sentir por el niño más ternura que la que habitualmente manifiestan las propias madres. Cuando Gonzalo llegaba a casa desde el colegio acompañado de Eduardo, su hermano mayor, lo primero que hacía era ir a la cocina a abrazar a Cele, y cobijarse en su regazo; y cuando bastante tiempo después —a sus quince años— le llegó, al Instituto Francés en el que él estaba, la noticia del fallecimiento de su niñera, le desbordó la emoción y la nostalgia de su recuerdo y, según sus propias palabras, estuvo casi tres días hecho un mar de lágrimas. Y echó de menos entonces que sus padres no hubieran ido a buscarle para traerle a casa y dar el último adiós a Cele y asistir a los actos fúnebres en compañía de Luisito y de toda la familia, en vez de haberle dejado en su internado rumiando a solas la amarga nostalgia de ella.

—Bueno, Gonzalo —me sorprendió mi madre muy sonriente un par de días después de haber conocido a Luis en el hospicio—, ya hemos hablado tu padre y yo con Cele y hemos quedado en que, los domingos que pueda, venga Luisito a pasárselos con nosotros. Pero todo dependerá también de cómo os portéis, y por supuesto de que Luisito no prefiera hacer otra cosa. Pondremos otra cama plegable en tu cuarto y ahí dormiréis los dos con Eduardo, tu hermano mayor.

Esa fue la respuesta a mi insistencia, lo que me produjo una enorme ilusión.

Cuando Luis y yo empezamos a conocernos mejor y a sentirnos cada día más amigos, recuerdo que me confesó que durante los pri-

meros meses en el hospicio lo había pasado muy mal recordando el viejo pueblo donde su madre le había traído al mundo y donde transcurrieron algunos años de su niñez.

Me contaba Luisito que no lo pasaban del todo mal en aquel pueblecito de Tierra de Campos, pese a sus extremas carencias. Por no tener —decía—, no teníamos ni siquiera calefacción en la escuela y para combatir tiritando de frío la bajísima temperatura, teníamos que apretujarnos unos contra otros en los bancos corridos mientras escuchábamos, sin quitarnos las pellizas ni los guantes ni los pasamontañas, las lecciones de don Clemenciano, aquel buen maestro, que se paseaba de un lado a otro de su tarima soplándose los dedos arracimados para evitar que se le helaran. Y luego, a la salida de la escuela, y ya en tiempo de primavera, cuando los días se iban haciendo más largos, marchábamos todos los chavales a las eras y unas veces íbamos a grillos o en persecución de los gorriones, armados de toscos tiragomas, o hacíamos carreras a ver quién llegaba primero al alcor y se sentaba en el risco más alto y empinado. Y además —decía Luisito con emoción— en aquellos meses el campo se llenaba de amapolas, y a poco que las soplase el viento, sus frágiles pétalos volaban sobre nuestras cabezas como si fueran mariposas de todos los colores. Ya apuntaba su vena poética y literaria...

También me contó Luisito con toda sencillez y naturalidad que él era uno de los primeros de la clase y que un día había oído como el maestro decía a su tío que *el muchacho* —por mí— «ponía más atención a sus explicaciones que ninguno, que me gustaba estudiar». A su edad de párvulo se sabía las cuatro reglas y las capitales principales de Europa mejor que nadie: «Francia, capital París» lo sabían todos, pero al llegar a Finlandia o a Lituania, solo él acertaba. Como cuando el maestro ponía una división por varios números en el divisor.

Y lo que también se le despertó precozmente a Luisito fue una instintiva atracción hacia Angelines, hermana de un amigo de la escuela, desde un día que la vio en cuclillas hurgando con una pa-

jita a un grillo para que saliera de su hura y, como en un destello, su blanca ropa interior. Y tardaría años en olvidar aquella imagen y sin haber sabido nunca a ciencia cierta si también ella se había dado cuenta de lo sucedido y si ambos compartían o no aquel secreto.

El primer fin de semana que pasé en casa de los padres de Gonzalo —donde obviamente también vivía mi madre— no podrá olvidárseme jamás: fuimos al cine —en mi caso por primera vez en la vida— acompañados de Eduardo, su hermano mayor. La película se titulaba *El Valle de los Ícaros*, un título incrustado indeleblemente en mi memoria, y que hace solo unos días, por pura curiosidad, tuve la ocurrencia de buscar en Google. El ordenador me devolvió una información amplísima sobre la película, que me pareció increíble que pudiera existir después de más de ochenta años transcurridos desde que la presencié en un cine de provincia, en aquella oscura sala apenas iluminada por los cambiantes reflejos de la propia pantalla. Y lo que recuerdo del argumento es que un avión biplano muy primitivo aterrizaba a trompicones en una planicie inhóspita cubierta de nieve, y unos nativos, embozados en ropas de abrigo y grandes capuchas de piel, se hacían cargo de las cajas que les iba entregando el piloto antes de salir volando de nuevo. Al volver a casa, los padres de Gonzalo nos preguntaron muy simpáticos cómo lo habíamos pasado y cuando yo les dije que había sentido una emoción para mí desconocida parecieron quedar muy complacidos. Mi incomodidad inicial al traspasar el umbral de aquella casa, y sentirme extraño en aquel ambiente de lujo, quedó fuertemente mitigada y el hecho de haberme invitado a dar mi opinión, una delicadeza de aquellos señores para conmigo. Luego me fui con Gonzalo a la zona de servicio a contárselo a mi madre.

Aún no imaginaba la fuerte emoción que unas horas después iba a experimentar siempre en compañía de Gonzalo y de su hermano Eduardo: «Verás *cómo está el jardín*», nos dijo este por lo bajo y como en secreto; y cuando, después de la cena, cada cual empezó a levantarse de la mesa para ir a oír la radio, o a sus habitaciones, y los padres se retiraron a la suya, Eduardo, Gonzalo y yo nos

deslizamos sigilosamente por una puerta de servicio y nos encontramos por sorpresa en medio de un espacio encantado. Recuerdo ahora que era el momento del plenilunio y el disco inmenso y dorado de la luna se veía tan cercano sobre nosotros que parecía haber querido detenerse un buen rato sobre el jardín para inundarlo de un desconocido resplandor de plata.

Aquella noche helada de marzo saturada de frío y silencio, en la que todo se percibía como algo irreal, paralizado e inerte bajo la luz encantada de la luna, me ha perseguido a lo largo de toda mi vida en forma de recuerdo mágico e irrepetible. Y desde entonces, Eduardo pasó a ser un ídolo para nosotros, un ser superior. Y Gonzalo, además, se sentía muy orgulloso de su hermano y este le protegía, como suele ocurrir entre hermanos seguidos, sobre todo cuando duermen o han dormido en el mismo cuarto, circunstancia que suele crear vínculos de afecto indestructibles.

Por eso me extrañó que, mucho tiempo después, un día que estábamos recordando aquella mágica aventura de la luna llena sobre el jardín de casa, al preguntar a Gonzalo qué era de su hermano Eduardo, reaccionara con cierta brusquedad diciéndome: «Aunque no fuera más que por aquella experiencia vivida gracias a él, tendría que perdonarle el terrible mal que acabó haciendo a mis padres y a toda la familia». Y como me resultaba totalmente imposible entender en su literalidad aquellas palabras le pregunté con total inocencia: «¿En qué sentido lo dices?». Y él, contrariado, como si hubiera caído sin querer en una indiscreción, vamos, como si hubiera metido la pata, soltó sin mayor explicación: «Nada, una forma de hablar, no tiene importancia...».

Todavía sigo identificando aquella casa con jardín, a la que tantas veces volvería después, como el paraíso terrenal. Yo siempre me sentí muy bien dotado para la memoria olfativa y el olor de aquellos suelos encerados es una de mis referencias. Aquella casa de los padres de Gonzalo —sobre todo el vestíbulo de entrada, el salón y el cuarto que llamaban *gabinete*— exhalaba un olor envolvente y voluptuoso: una mezcla de aromas a maderas nobles muy

bien enceradas, alfombras impolutas sobrepuestas y perfumes y jabones en los baños que te envolvían sin empalagarte. A veces, pensando en mis humildes orígenes y en la escuela de mi pueblo, prefería no contar esta rareza de mi memoria olfativa porque me parecía casi una profanación o un desprecio a mis orígenes, tan pobres e incómodos, aunque bien sé yo que no es así y que siempre me sentí orgulloso de ser quien soy; pero lo peor de todo es que cuando hoy entro en la casa de alguien y me da en la nariz el olor a cocina, a humedad o a cualquier otro que a mí me pareciera vulgar, tiendo a opinar negativamente de los ocupantes, incluidos los de mi propia casa. Empiezo a creer que debería mirármelo porque una cosa es rechazar el desagradable olor a zotal adherido también a mi memoria y otra definir a los demás por el olor de su casa. Y menos mal que la gente no me suele creer cuando hablo de ello y piensa que lo digo de broma. Y lo que no acabo de entender es cómo pude soportar los regresos a mi oscuro y triste hospicio después de mis maravillosos fines de semana saturados de luz y de libertad. Supongo que me ayudaría mucho pensar en que mi estancia en aquel centro estaba tocando a su fin.

También conservo el mejor de los recuerdos de los padres de Gonzalo, como ya vengo insinuando. Don José me parecía un ser superior, al que todo el mundo se acercaba con respeto pese a su gran cercanía y sencillez. Todas las mañanas le recogía Paco el chófer para llevárselo a unas obras importantes que estaban a unos veinte kilómetros de la ciudad y casi a diario se llevaba con él a algún obrero involuntariamente rezagado y angustiado ante el temor de perderse el salario de la jornada. Paco el chófer se lo comentaba a mi padre antes de subir al coche y mi padre le decía: «Si a usted, Paco, le parece bien, adelante»; y durante el viaje le preguntaba al obrero por su nombre, por su trabajo, si era de la tierra o había venido de fuera, si tenía familia y cómo se arreglaban. Se decía que lo primero que hacía don José al llegar a la obra era pasarse por las cocinas y probar el menú de los obreros antes de darlo por bueno. Me contó Gonzalo que su padre, del que había heredado

la afición a la lectura, se había convertido en un experto en temas de la Revolución francesa y, sobre todo, en la figura de Napoleón, al que admiraba por su rigurosa forma de preparar las batallas. Y es que también don José era admirado por lo mismo, por su genialidad para resolver los complejos problemas que con frecuencia se presentaban en la dirección de aquellas grandes obras. Y a su vez Gonzalo, mi amigo, heredó de su padre también una extraordinaria capacidad organizativa en sus trabajos profesionales y en cualquier circunstancia de la vida. Y casi siempre de forma natural y sin aparente esfuerzo se hacía con el liderazgo en cualquiera de los grupos de amigos a los que íbamos tratando. Doña Mercedes, la madre, impresionaba por su gran elegancia, su cálida voz y su sonrisa, por la personalísima caligrafía de sus escritos y, por encima de todo, por el cariño con el que siempre me trató, más allá de lo que yo antes calificué —seguramente de forma inapropiada— de celos de madre, o como quiera llamárseles. Ahora creo más bien que fue una de esas personas que se adelantaron a su época —una *protofeminista*, se podría decir—, que hubo de asumir su dignísimo y sacrificado papel de madre sin oportunidad alguna de demostrar su evidente talento para los estudios, el trabajo profesional, la política o lo que más le hubiese gustado. Cosa que afortunadamente sus hijas, al menos en parte, pudieron demostrar. Pero aquellos eran otros tiempos.



3.

¿Por qué se fue Gonzalo a una residencia los últimos años de su vida? Lo hablamos muchas veces no solo él y yo, sino entre amigos y conocidos de cualquier condición; el de las *residencias para mayores* es un tema recurrente a partir de cierta edad. Y el propio Gonzalo dejó bastante escrito sobre ello como si fuera consciente de que en sus personales y privilegiadas circunstancias no estaba de más una cierta explicación a los amigos y a sí mismo. Al referirme a «sus particulares circunstancias» he querido recordar sobre todo el hecho de tener una más que desahogada situación económica y haber vivido siempre en buenas y confortables casas y disfrutado, además, de un elevado nivel profesional y social.

Por otra parte, parece ser que las más modernas y fiables encuestas demuestran que las personas mayores a las que se consulta elegirían, sin dudarle un momento, seguir en sus casas de toda la vida, en esa especie de santuarios íntimos y exclusivos en los que se atesoran los recuerdos y hasta los aromas de toda una existencia personal y familiar.

—¡Hombre claro! —replicaba Gonzalo enérgico—, teóricamente ya sabemos que ese sería el escenario ideal con el que cualquiera soñaría para vivir el tramo final de su vida; y ya puestos a pedir, rodeado del cariño de los tuyos y recibiendo todas las tardes las alegres visitas de tus amigos y abrirles una botella de buen vino acompañada de un platito de chorizo de Zamora. Pero eso es desconocer la realidad —añadía—, la realidad es otra cosa distinta: no todos tienen el mismo historial médico ni necesitan los mismos

cuidados, ni todos pueden valerse por sí mismos ni tienen el mismo grado de dependencia, ni tienen todos una vivienda propia, ni todos conservan su pareja u otra compañía familiar a la que poder acudir al menos en situaciones de emergencia.

»Y naturalmente, cuando estas condiciones no se dan, la mejor, por no decir la única opción razonable, es el ingreso en una residencia como fórmula más práctica para vivir bien atendido y despreocupado sin molestar a nadie de tu familia ni del círculo de tus mejores amigos. Y si no es la opción de la residencia, existen otras fórmulas muy interesantes que hoy brinda la Seguridad Social, como mantenerse en la casa propia con un buen servicio de ayuda domiciliaria o los Centros de Día para volver a pernoctar a la propia después de haberse beneficiado de los muchos servicios y distracciones que aquellos ofrecen, orientados a que la gente mayor solitaria no acabe perdiendo el contacto con otras personas ni con el mundo que le rodea. Y qué decir de ese famoso *botón sanitario* que basta pulsar en tu muñeca, a cualquier hora del día o de la noche, para que al instante recibas la respuesta inalámbrica de un profesional capaz de atender sobre la marcha tus dudas e inquietudes y decirte exactamente lo que proceda hacer».

—Pero bueno, Gonzalo, tú tienes resueltas y garantizadas todas esas ventajas sin salir de tu propia casa —le decíamos todos.

—Pues sí, ya lo sé, pero puede haber otros motivos muy personales y respetables que me empujan a hacerlo —se defendía no del todo seguro.

Y así sería, pero lo que también era cierto es que, además de tener en su genética por parte de madre una tendencia a los cambios en general en incansable búsqueda de experiencias nuevas, Gonzalo era además consciente, hasta el alarde a veces, de su autosuficiencia, de haber ido superando cuantas situaciones problemáticas se le hubieran presentado en su camino, sin acudir jamás a la mediación de nadie, ni siquiera a la de su poderoso padre. El parecía no necesitar en este aspecto demasiado de los demás y hasta sentir cierto placer en constatar que se bastaba a sí mismo. Tenía en eso

una rigidez, para mí exagerada e innecesaria, porque indirectamente llevaba implícito un injusto reproche a los que hubiéramos acudido a mediaciones ajenas cuando las hubiéramos necesitado; y es verdad que muchos consideramos la sociedad en la que vivimos y estamos integrados como un campo de interrelaciones personales, donde el *do ut des* puede ser una práctica natural y hasta virtuosa dentro de ciertos límites.

Y además de autosuficiente, Gonzalo tenía un sentido práctico muy marcado que en general predominaba sobre sus sentimientos y fantasías. Quiero decir con esto que, para Gonzalo, la presunta soledad de una residencia no le inquietaba especialmente porque estaba además muy habituado a vivirla a nivel doméstico desde que su mujer, unos años antes, se había ido para siempre.

En una de las primeras visitas que le hice a la residencia, me insistió mucho —como si quisiese innecesariamente justificarse— en que nunca había ignorado que las residencias para mayores por buenas y caras que fueran, como era la suya, siempre tienen aspectos desagradables e inocultables; solo basta —decía— con recorrer sus anchos corredores y hasta su vestíbulo, a veces tan aparente incluso como el de un buen hotel, para contemplar aquella multitud de seres humanos abatidos en sus sillas de ruedas, mirando a ninguna parte absortos en sus últimos silencios; o bajar al comedor con la esperanza de que alguien suscite una conversación de algún interés y pasarse los cuatro compañeros de mesa en hosco silencio, sin ganas ni interés, y probablemente sin fuerzas, para decir algo que pueda evitar el repiqueteo de los cubiertos en los platos. Todo esto —insistía Gonzalo— ya lo sabía antes de venir, *claro que lo sabía*, pero solo la tranquilidad de saber que es imposible estar mejor atendido médicamente, a cualquier hora del día o de la noche, de no sentirte solo e inerme ante un súbito episodio de fallo cardíaco, por ejemplo, no tiene precio ni se paga con dinero. Y me contó que la semana anterior había tenido precisamente un extraño desvanecimiento, una pérdida de estabilidad, un descontrol momentáneo del espacio, y no había pasado un minuto y «ya me vi rodeado de

mi enfermera habitual y del médico de guardia con el que había estado charlando en mi habitación esa misma mañana». Inmediatamente, decidieron trasladarle en una ambulancia al hospital para hacerle un reconocimiento completo. Resumiendo, después de dos horas y media, le habían devuelto a su habitación de la residencia totalmente recuperado. «Llegué a tiempo —añadió— de instalarme en mi butacón para ver en la televisión *Pasapalabra*, uno de mis programas de entretenimiento favoritos».

Todo lo demás para él —insistía— era secundario, reconociendo lo poco agradables que pudieran ser otros aspectos de la vida de las residencias. Él se sumergía en su habitación, se acomodaba a sus anchas ante la televisión o se sentaba ante el ordenador, o echaba una ojeada a los libros o revistas que le llevábamos unos y otros en nuestras visitas y se consideraba un auténtico privilegiado. A partir de aquello, sabía que no tenía que preocuparse de nada, absolutamente de nada, todo cuanto pudiera referirse a su cuidado y bienestar personal estaba en manos de magníficos profesionales y el final de su vida en manos de Dios o del destino. «Soy perfectamente consciente —repetía— de que puede suceder en cualquier momento y sé con absoluta seguridad que en ese trance voy a estar muy bien acompañado de médicos amigos que me van a ahorrar todo sufrimiento». Y solía añadir a su rollete: «El mayor de mis sobrinos, al que adoro, como los demás sé que estarían encantados de tenerme en su casa con ellos, pero precisamente por lo mucho que les quiero he preferido elegir esta forma de vida evitando convertirme innecesariamente en una carga para ellos. Siempre pensé que, de no ser imprescindible, nadie debería añadir amargura y preocupación a la vida de los demás, que cada cual ya tiene bastante con las que la suya le va trayendo. ¡Hay que ser fuertes!».

Y cambió alegremente de tema: «Pero para que no creas, Luis, que todo es lúgubre y sombrío en las residencias, se acaba de producir en esta un hecho histórico y sin precedentes: el matrimonio entre dos de sus residentes, con más de setenta y cinco años cada uno». Parece ser que el hombre, a sus casi ochenta, ingresó el año

pasado resignado y con muy escaso entusiasmo, pero pasado un tiempo razonable de adaptación se apuntó para cantar en el coro, una afición que había cultivado desde joven en la discreta cuerda de tenor segundo. Cuentan las compañeras que, desde que él acudió al primer ensayo, otra corista, más joven y de muy buen ver todavía pese a su edad, sintió una especial atracción hacia él, y después de conocerse y tratarse un poco más, no había tarde que dejaran de tomarse sus cubalibres en la cafetería antes de la cena y de disfrutar juntos después de las series de televisión con sus manos enlazadas. Una y otro se habían acabado encontrando en la residencia con algo con lo que ni él ni ella hubiesen soñado, se habían reencontrado con el amor.

Lamentablemente, esta especial situación no estaba totalmente prevista por la normativa de la institución y los dos enamorados carecían por el momento de la habitación doble que ocupaban otras parejas casadas; pero como la señora, viuda como él, conservaba un apartamento en un pueblo de la costa, organizaban sus días libres y pasaban en él largas horas disfrutando en la intimidad de su renacido amor. Enseguida dieron el paso siguiente y se casaron. Ahora estaban en una fase en que dudaban si seguir, ya como casados, en aquella residencia, escenario de sus mejores y más emocionantes momentos, o volver a la vida totalmente privada.

—¿Y qué tal ha caído el acontecimiento en la residencia?

—¡Ah, muy bien!, la gente se ha acercado a ellos con mucho cariño para felicitarles y el modesto coro está preparándoles una comida y una fiesta por todo lo alto.

—¿Y a ti, Gonzalo, qué te ha parecido?

—Hombre, yo siempre voy a estar en la línea de rechazar rotundamente tantos tabúes impuestos por la sociedad desde la trampa de lo políticamente correcto, así que por mí encantadísimo de acabar también con esta absurda discriminación por edad, en pleno siglo XXI.

—No esperaba menos de ti —le repliqué.

—Hay que partir de que el amor es lo más hermoso de la vida

y reducirlo a su versión procreadora es como tirar por la ventana un manjar exquisito. Nadie tiene derecho a arrebatar a alguien la posibilidad de disfrutarlo a su manera. El amor es como un milagro que habitara por encima de nosotros, es como la música, que nos trasporta a otra dimensión, que nos insufla emociones inefables, imposibles de explicar. Es, para los que las sienten, un auténtico privilegio. Y cada pareja que lo sienta, cualquiera que fuesen sus edades, encontrará las formas adecuadas de expresarlo mutuamente según sus experiencias y sensibilidades. Eso sí, también debo añadir que solo se merecen ese privilegio los hombres y mujeres que además de enamorarse a su tardía edad son capaces de enfrentarse, llegado el caso, al mezquino e hipócrita *qué dirán*, demostrando valientemente que para ellos la propia libertad, la propia personalidad y, en definitiva, la propia felicidad están muy por encima de tabúes y mezquindades. Que eso es lo que en el fondo algunos envidian y critican. Y de hecho la sociedad en su conjunto va aceptándolo como algo natural que acaba con tabúes culturales inadmisibles en nuestros días.

Salimos de la habitación y Gonzalo me fue mostrando las principales instalaciones de aquella residencia: las diversas salas de estar, los comedores en cada piso, el gimnasio, la capilla, el jardín y presentándonos feliz a las enfermeras y cuidadoras que nos íbamos encontrando y que trataban a Gonzalo con gran consideración y afecto. Pero en un momento determinado, al cruzarnos con un empleado —el jefe de mantenimiento de la residencia— se arrancó por fin mi amigo una espinita que llevaba dentro y que al parecer le estaba constantemente mortificando.

—Fíjate Luis, el único pequeño disgusto que he tenido últimamente fue por culpa de este chico con el que nos acabamos de cruzar, quizás hasta hayas notado el frío saludo que nos hemos dirigido. Pues resulta que con la fuerza del viento una pequeña pared que separa el edificio del jardín se vino una noche medio abajo. Andaba yo por allí a la mañana siguiente cuando vi a Isabel, la directora, inspeccionando con este joven el pequeño siniestro para

tomar las medidas pertinentes. Me acerqué a ellos y en un momento dado me permití dar mi opinión que matizaba quizás un poco la manifestada por el profesional. En mala hora se me ocurrió hacerlo, un par de horas después me llamó la directora a su despacho y muy sonriente, como queriendo quitar hierro al asunto, me vino a decir que el encargado del mantenimiento era un chico un poco especial y muy celoso de sus responsabilidades y no le gustaba recibir lecciones de nadie y menos de los residentes. Figúrate qué estupidez, Luis, pero hirió mi amor propio, porque lo que yo había previsto antes de entrar en la residencia era justo lo contrario, la ilusión por poder echar una mano en lo que fuera, dada mi larga experiencia en cualquier clase de problemas, complicados, corrientes y hasta nimios... «Pues no se preocupe, directora —hube de contestar—, a mí nunca me han tenido que repetir las cosas y en el futuro me abstendré de meterme donde no me llamen».

—Pero bueno, Gonzalo —le dije—, esa es una pequeña anécdota a la que no debes dar ni la más mínima importancia.

—Ya lo sé Luis, pero imaginarás que en la relativa soledad en la que se vive en estas residencias cualquier mínimo incidente cobra una dimensión exagerada y te confieso que este me molestó y me hizo sentir como un colegial en el despacho de la jefa de estudios recibiendo aquella leve reprimenda.

En aquel momento tuve la impresión de que a Gonzalo, pasada la novedad y ya en contacto con la verdadera realidad, empezaba a agrietársele un poco el entusiasmo inicial. De hecho, empezó a salir y a pernoctar fuera de la residencia cuando yo le invitaba a alguna reunión de amigos, o a conciertos, o a óperas, como habíamos hecho en varias ocasiones, o con cualquier otro pretexto. Era un derecho que se había reservado en el contrato, lo que resultó ser muy acertado por su parte.

Pero una vez que se hubo desahogado, recobró el buen humor y me condujo hasta el sótano —«Sorpresa, sorpresa», intrigaba divertido— y, en efecto, nada más salir del ascensor me mostró una pequeña *scooter* estacionada contra la pared y conectada a la red

eléctrica. Retiró el enchufe, acomodó con lentitud su corpachón en el cómodo asiento y, moviendo con un solo dedo una palanquita, echó a andar el pequeño vehículo y lo orientó hacia el jardín. «Este pequeño cacharro ha cambiado mi vida a mejor, de la noche a la mañana»; y me contó que se lo había regalado su sobrino y que estaba disfrutándolo como un niño con zapatos nuevos. Una vez en el jardín, me hizo montar para que yo lo probase y estuve divertidísimo dando vueltas por los senderos. Gonzalo ahora se permitía el lujo de irse cada día desde las afueras donde vivía hasta el centro de la ciudad para pasear por sus calles, hacer sus recados, quedar con algún conocido a tomar el aperitivo o sentarse solo a contemplar el paso de la gente desde cualquier terraza de bar. Después de la exhibición en el jardín, devolvió el vehículo a su aparcamiento, lo conectó de nuevo a la red para que estuviese siempre cargándose y ya en mi coche fuimos al restaurante que había reservado y en el que me invitó a una de aquellas comidas memorables; no faltaron los *perrechicos*, unos exquisitos lenguados a la parrilla, y una botella de Viña Ardanza, su tinto favorito para las grandes ocasiones, y que nos bebimos entre él y yo, antes naturalmente de mi posterior pancreatitis.

En el viaje de regreso, me puse a pensar en la influencia que pudieran haber tenido en la decisión de Gonzalo de irse a la residencia las muertes súbitas de don José, su padre, y las de dos de sus hermanos y la posible frustración de no haber tenido más familia que a su única hija Silvia, felizmente casada en Londres. «Las dos mujeres de mi vida tan lejos» —se desahogó más de una vez conmigo—. La forma inesperada y repentina en la que aquellas muertes se produjeron, las tres por fallos cardíacos, parecían marcar una tendencia familiar irreversible que a mi amigo le llevara a esa obsesión por blindarse ante lo inesperado, como tan insistentemente nos había reiterado para destacar la gran ventaja de vivir en la residencia.

Sin descartar del todo una compleja razón ética de terminar la vida en el anonimato y la sencillez después de una trayectoria tan

expuesta y brillante como la suya; quizás una forma muy personal y laica de dar respuesta a su conflicto espiritual interno: demostrarse a sí mismo y a los demás que se pueden practicar las virtudes que las religiones predicán sin necesidad de pertenecer a ninguna de ellas. Muchas veces hablaríamos sobre este interesante tema, sobre el que ya he visto que ha dejado varios y largos apuntes.



TIEMPO SEGUNDO

1. MOMENTO CRUCIAL EN LA VIDA DE LUIS. MUERE TÍA LUDIVINA. EL TÍO DAMIÁN SE LO LLEVA A FRANCIA. 2. LA COMUNICACIÓN ENTRE GONZALO Y LUIS. 3. JULIA Y LUIS SE CONOCEN EN UNA MUY FRÍA TARDE DE DOMINGO. 4. VACACIONES DE AGOSTO EN LA FINCA DE GONZALO. 5. PRIMER BAILE, A LA ORILLA DEL RÍO.